

Juan Crisóstomo

MUJERES

ELOGIO DE MÁXIMO

1. Que me excluyerais en la pasada reunión, me dolió; que disfrutarais de una mesa más rica, en cambio, me llenó de gozo². Porque aquel que arrastra conmigo el yugo, el otro día abrió para vosotros el surco, esparció las semillas con lengua generosa y con mucha solicitud cultivó vuestras almas³. Visteis una lengua purificada, escuchasteis un discurso torneado, disfrutasteis de un agua que se lanza hacia la vida eterna, visteis una fuente que deja correr ríos de oro puro.

Se dice que cierto río lleva pepitas de oro a los hombres que habitan sus orillas sin ser la naturaleza de las aguas la que produce el oro, sino que como sucede que las fuentes del río pasan entre montañas de metal, el río, fluyendo a través de aquellas montañas y arrastrando tierra aurífera, se vuelve un tesoro para los que habitan cerca, procurándoles improvisada riqueza. A este río imitó aquel maestro el otro día, fluyendo como a través de montañas de metal por las Escrituras y llevando pensamientos más preciosos que cualquier oro a vuestras almas. Y sé que los nuestros más pobres os parecen hoy.

Porque quien gusta de una mesa indigente permanentemente, si entre tanto da por azar con alguna mejor provista, al volver luego a la suya se dará más cuenta de su pobreza. Sin embargo, no por eso más tardo me desnudaré⁴. Pues sabed que los discípulos de Pablo lo mismo se atiborran que pasan hambre, nadan en la abundancia que padecen necesidad, reverencian a los ricos y a los pobres no los rechazan⁵. Y como los amantes del vino y la bebida hacen fiestas al mejor vino y sin embargo al que es inferior no lo desprecian, así precisamente también vosotros: enfervorecidos al oír divinas palabras, acogéis a los más sabios entre los maestros, pero también a los más humildes les concedéis no desdeñable interés y favor. Y es que los blandos y flojos incluso a la vista de una mesa lujosa sienten náuseas, mientras que los

despiertos y sobrios, hambrientos y sedientos de justicia, corren también hacia la más pobre con gran diligencia⁶.

PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

Y que no son adulación estas palabras, en la charla que os dimos el otro día lo pusisteis especialmente de manifiesto. Porque cuando os decíamos muchas cosas acerca del matrimonio, demostrando que es un adulterio consumado el repudiar a las esposas o tomar a una repudiada viviendo todavía el primer marido, y mientras leíamos la ley de Dios que dice: *El que se case con una repudiada comete adulterio; y el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera*⁷, a muchos vi bajar la mirada, golpear su rostro, incapaces siquiera de levantar la cabeza. En ese preciso instante, alzando los ojos al cielo, dije: «Alabado sea Dios porque no instruimos para oídos muertos, sino que nuestras palabras alcanzan el entendimiento de los oyentes con gran fuerza»⁸.

Mejor no pecar en absoluto, pero es condición no baladí para la salvación que sufra intensamente y acuse el pecador a su propia alma y fustigue su conciencia con mucho rigor. Porque tal acusación es parte de la justicia y decididamente conduce a no pecar ya más. Por eso también Pablo después de entristecer a los que habían pecado, se alegraba no porque los entristeció, sino porque con la tristeza los corrigió. *Me alegro, dice, no por haberos entristecido, sino porque aquella tristeza os movió a arrepentimiento. Porque la tristeza según Dios produce firme arrepentimiento para la salvación*⁹.

En efecto, ya sea por los pecados propios ya sea entonces por los ajenos, si sentisteis dolor, seríais dignos de innumerables alabanzas. Cuando alguien siente dolor por los ajenos, hace gala de entrañas apostólicas y remeda a aquel santo que dice: *¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?*¹⁰. Cuando se aflige por los propios, atenúa el castigo por las osadías ya cometidas y ante las que va a cometer se hace a sí mismo más fuerte por esta pena. Por esos motivos yo también cuando os veía agachar la cabeza, gemir y golpearos el rostro, me alegraba pensando en el fruto de esta pena. Por ello también hoy os hablaremos sobre la misma cuestión, para que quienes desean casarse pongan mucho cuidado en este asunto.

IMPORTANCIA DE LA ELECCIÓN DE ESPOSA

Si vamos a comprar una casa y esclavos, curioseamos y hacemos pesquisas sobre los vendedores, los anteriores dueños y, de las propias cosas vendidas, sobre el equipamiento de unas y sobre el estado físico y los principios morales de otras. ¡Mucho más con las mujeres que vamos a desposar!

Hay que mostrar un cuidado tan grande y mucho mayor. La casa, si es de mala calidad, es posible devolverla; también al esclavo que se reveló como un ser siniestro está permitido devolverlo al tratante. A la que tomamos por esposa, en cambio, no es posible entregarla de nuevo a quienes nos la dieron, sino que es absolutamente forzoso tenerla en casa hasta el final o el que la repudia, aun siendo mala, se hace reo de adulterio ante las leyes de Dios.

Así pues, cuando vayas a tomar esposa, no leas las leyes de fuera solamente, sino también antes que aquéllas las establecidas entre nosotros¹¹, porque conforme a éstas, no conforme a aquéllas, a ti ha de juzgarte Dios aquel Día¹². Aquéllas, si son incumplidas, acarrearán la mayoría de las veces una sanción económica, mientras que éstas en ese caso imponen al alma los implacables castigos de aquel fuego inextinguible.

2. Tú, en cambio, cuando vas a tomar esposa, corres a los jurisperitos profanos con gran diligencia y, sentado junto a ellos, examinas con todo detenimiento qué pasa si la mujer termina sin descendencia, qué si tiene un hijo, qué si dos o tres, cómo dispondrá de sus propiedades si tiene padre y cómo si no lo tiene, qué parte de la herencia le tocará a sus hermanos, qué a su marido, cuándo será dueña de todo para no permitir que nadie se lleve ninguna parte de sus bienes, y cuándo lo perderá todo. Y sobre muchas otras cosas de este tipo les sacas información e investigas, inspeccionando y revisándolo todo para que de ningún modo suceda que

algo del patrimonio de tu mujer llegue a manos de alguno de sus parientes¹³. Ahora bien, como acabo de decir, si todavía sucede algo inesperado, en el terreno económico se quedará el daño; sin embargo, no tolerarás desdeñar nada de esto¹⁴. ¿Cómo, entonces, no va a ser absurdo mostrar un celo tan grande por riquezas que nos van a desaparecer y no hacer caso alguno cuando hay peligro para nuestra alma y rendición de cuentas allá en el Cielo, si lo debido es investigar, indagar y averiguar estas cosas antes que todo lo demás?

Por eso exhorto y aconsejo a los que van a tomar esposa que acudan al beato Pablo, que lean las leyes sobre el matrimonio establecidas por él y, habiéndose enterado en primer lugar de qué ordena hacer cuando la mujer es mala y engañosa, dada a la bebida, injuriosa, llena de insensatez o tiene por ventura cualquier otro defecto similar, que discurren en consecuencia acerca del matrimonio. Si ves que te otorga libertad para repudiarla tras descubrir uno solo de esos defectos, y de meter en casa a otra, quédate tranquilo en la idea de que estás libre de todo peligro. Si no te lo permite, sino que ordena, salvo fornicación, resignarse con la que tiene todos los demás defectos y mantenerla en casa, hazte fuerte así, pensando que habrás de soportar todo tipo de maldades por parte de tu mujer. Si esto es penoso e insoportable, haz todo lo posible y afánate por tomar una esposa honesta, bondadosa y dócil, sabiendo que, por fuerza, una de dos: o el que toma una mala esposa soporta su impertinencia o, si no quiere esto, se hace reo de adulterio al repudiarla. Porque dice: *El que repudia a su mujer, excepto*

*el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada comete adulterio*¹⁵.

Si antes de la boda hemos recapacitado bien estas cosas y conocemos estas leyes, pondremos mucho cuidado en tomar una esposa que desde el principio armonice y cuadre con nuestras costumbres. Al tomar una semejante no cosechamos este fruto solamente, que nunca la repudiaremos, sino que incluso llegaremos a amarla con poderosa vehemencia y tan grande como Pablo ha ordenado.

DOCTRINA PAULINA SOBRE EL MATRIMONIO

El amor a la esposa ha de imitar el amor de Cristo por la Iglesia

En efecto, después de decir: *Maridos, amad a vuestras mujeres*, no se quedó aquí solamente, sino que también nos dio la medida del amor: *Como Cristo amó a la Iglesia. ¿Y cómo la amó Cristo, dime?: Que se entregó a sí mismo por ella*¹⁶. Por tanto, aunque tengas que morir por la esposa, no rehusarás. Porque si el Señor amó a su sierva hasta el punto de entregarse incluso por ella, con mucha más razón has de amar tú así a la que es sierva contigo.

Pero fijémonos en que nunca la belleza de la novia sedujo al novio, o la virtud de su alma. No es posible decir esto. Que era fea e impura has de escucharlo a continuación, porque después de decir: *Se entregó a sí mismo por ella*, añadió: *Para santificarla, purificándola mediante el baño del agua*¹⁷. Y al decir: *purificándola*, mostró que antes

era impura y maldita, y no de cualquier manera, sino con la más vil impureza: se había ensuciado con olor, humo y sangre de sacrificios y con otras mil manchas semejantes¹⁸.

Sin embargo no sintió aversión por su fealdad, sino que mudó su deformidad, la remodeló, la reformó, absolvió sus pecados. Esto también imítalo tú. Aunque innumerables veces peque tu esposa contra ti, perdona todo y sé indulgente. Aunque te hayas casado con una de mal carácter, transfórmala en bondadosa y afable, como también Cristo a la Iglesia. Porque no limpió sólo su impureza, sino que además la despojó de su vejez, desnudándola del hombre antiguo, el compuesto de pecados¹⁹. Y aludiendo a su vez a esto el propio Pablo decía: Y *presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga*²⁰. Es que no la hizo hermosa únicamente, sino también joven, no en lo que se refiere a la naturaleza corporal, sino a la disposición de su voluntad.

Y no solamente esto resulta admirable: que habiendo desposado una fea, deforme, desagradable y vieja no le repugnó su fealdad, antes bien, incluso se entregó a sí mismo a la muerte y la transformó en una belleza extraordinaria, sino que además, después de esto, aun viéndola a menudo sucia, manchada, no la repudia ni la aparta de sí, sino que persevera sanándola y corrigiéndola.

¿Cuántos, dime, después de creer, pecaron? Sin embargo no sintió repugnancia por ellos. Por ejemplo, aquel entre los corintios que había cometido incesto era miembro de la Iglesia, pero no amputó ese miembro, sino que lo corrigió²¹.

La iglesia de los gálatas saltó toda fuera del redil y cayó en el judaísmo²², pero sin embargo tampoco la repudió, sino que por medio de Pablo la sanó, la recondujo a la unidad primera.

Así pues, como en nuestros cuerpos, que cuando se produce una enfermedad no amputamos el miembro, sino que expulsamos la enfermedad, hagamos así también en el caso de la esposa. Si se da en ella algún tipo de maldad, no repudies a la mujer, sino expulsa la vileza. Ahora bien, corregir a la mujer es posible, mientras que muchas veces curar un miembro lisiado no se puede. Sin embargo, aun sabiendo que su lesión es incurable, ni siquiera así lo amputamos, sino que con frecuencia muchos que tienen un pie torcido, una pierna coja, una mano seca y paralítica, y un ojo ciego, ni se arrancan el ojo ni se amputan la pierna ni se cortan la mano, sino que aun viendo que no nace de ellos provecho alguno para el cuerpo y sí mucho desdoro para los demás miembros, siguen con ellos por su afinidad con los restantes. ¿Cómo, entonces, no va a ser absurdo poner tanta precaución donde es inviable la enmienda y el provecho ninguno, y renunciar, en cambio, a la curación donde hay felices esperanzas y gran posibilidad de cambio? En efecto, lo que se ha visto dañado de forma natural es imposible hacer que se restablezca de nuevo, mas la voluntad desviada es posible reformarla.

La mujer es miembro de su esposo como la Iglesia lo es de Cristo

3. Si me dijeras incluso que ella está irremediablemente enferma y que aun habiendo sido objeto de gran solicitud

sigue teniendo su habitual carácter, ni así has de repudiarla. Porque tampoco el miembro irremediabilmente enfermo se amputa. Un miembro tuyo es también ella: *Y se hacen una sola carne*²³.

Y si en lo que se refiere al miembro no obtendremos ningún provecho de su cuidado tan pronto como por obra de la enfermedad haya empezado a volverse incurable, en lo que se refiere a la esposa, en cambio, aunque siga irremediabilmente enferma, gran recompensa nos estará reservada si hacemos de maestros, de pedagogos²⁴. Aunque ella no saque provecho alguno de nuestra enseñanza, al menos por perseverancia obtendremos de parte de Dios una gran recompensa, porque por temor a Él hicimos gala de tanta perseverancia, soportamos mansamente su vileza y dominamos nuestro miembro.

En efecto, un miembro nuestro necesario es la mujer y por ello especialmente hay que quererla. Enseñando esto mismo, Pablo decía: *Así deben amar los maridos a sus mujeres: como a sus propios cuerpos. Porque nadie aborreció jamás su propia carne: antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo, de su carne y de sus huesos*²⁵. Como Eva, dice, nació de la costilla de Adán, así también nosotros del

costado de Cristo. Porque esto significa de su carne y de sus huesos.

Pero que Eva nació allí mismo de la costilla de Adán, todos lo sabemos y claramente ha dicho la Escritura que hizo caer un sopor sobre él, tomó una de sus costillas y formó a la mujer. En cambio, que también la Iglesia se formó a partir del costado de Cristo, ¿cómo podría uno demostrarlo? También esto la Escritura lo pone de manifiesto. Efectivamente, cuando Cristo fue elevado a la cruz y clavado en ella y murió, *acercándose uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua*²⁶, y de aquella sangre y agua se ha formado toda la Iglesia. Y da fe El mismo cuando dice que *el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de los Cielos*²⁷. A la sangre lo llama Espíritu. Y nacemos a través del agua del bautismo, en tanto que somos alimentados a través de la sangre²⁸. ¿Ves cómo somos de su sangre y de sus huesos, engendrados y alimentados a partir de aquella sangre y aquel agua? E igual que mientras Adán dormía, era formada la mujer, así mientras Cristo moría, la Iglesia se configuraba a partir de su costado²⁹.

El misterio del matrimonio

No por esto solamente hay que querer a la esposa, porque es un miembro nuestro y de nosotros tuvo el principio de su creación, sino porque Dios ha establecido además una ley sobre esto mismo diciendo así: *Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una*

*sola carne*³⁰. Por eso Pablo nos leyó también esta ley³¹, para constreñirnos por todas partes hacia este amor. Y observa la sabiduría apostólica: ni en virtud de las leyes divinas ni en virtud de las humanas solamente nos impulsa al amor hacia la esposa, sino que establece estos principios en virtud tanto de éstas como de aquéllas, alternando ambas, para que el más elevado y el más filósofo³² se vea impulsado al amor en virtud de las de arriba y el débil, en cambio, en virtud de las de abajo y de las de la naturaleza.

Por eso al principio introduce la exhortación a partir de los hechos de Cristo diciendo así: *Amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia*³³; luego a su vez a partir de los humanos: *Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos*³⁴; luego de nuevo a partir de Cristo: *Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*³⁵; luego otra vez a partir de los hechos humanos: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer*³⁶, y después de leer esta ley dice: *Gran misterio es éste*³⁷.

¿Cómo es grande?, dime. Porque la muchacha, metida en su alcoba todo el tiempo, sin haber visto jamás al novio, desde el primer día lo anhela y lo ama como a su propio cuerpo. A su vez el hombre a la que nunca vio, aquella de cuya conversación nunca participó, a ésta también él desde el primer día la antepone a todos, a los amigos, a los parientes y a sus mismos progenitores. Los padres, a su vez, si por otro motivo son despojados de sus riquezas, se afli-

gen, sienten dolor, arrastran ante el tribunal a los despojadores. En cambio, a un hombre que por lo general nunca habían visto antes ni conocían, le entregan su propia hija y una dote de mucho dinero. Y se alegran de hacerlo y no piensan que el hecho suponga una pérdida, sino que viendo llevarse a su hija, no se acuerdan de su vida en común, no sienten dolor, no se afligen, sino que incluso se muestran agradecidos y creen que es deseable ver sacar de casa a una hija y mucho dinero junto con ella.

Así pues, habiendo considerado Pablo todas estas cosas: que tras dejar a sus padres ambos se atan el uno al otro y que el encuentro de entonces se vuelve más tiránico que una convivencia de tanto tiempo, y sabiendo que esto no es humano, sino que Dios esparció en ellos las semillas de este amor, y que tanto a los que dan como a los que reciben los dispuso a hacerlo con alegría, dice: *Gran misterio es éste*. E igual que los niños, que el crío recién nacido con la mirada conoce inmediatamente a sus padres aunque no sepa hablar, así también el novio y la novia: nadie los persuade, nadie los anima y aconseja, con la mirada se enlazan mutuamente³⁸.

Luego, al ver que también con relación a Cristo se daba esto y especialmente con relación a la Iglesia, sintió estupor y asombro. ¿Pues cómo se daba esto con relación a Cristo y la Iglesia? Igual que el novio después de dejar a su padre se va donde la esposa³⁹, así también Cristo después de dejar el trono paterno se fue donde su esposa. No nos llamó allá arriba, sino que Él mismo vino a nosotros. Pero cuando

oigas que lo dejó, no pienses en un desplazamiento, sino en una acomodación⁴⁰. Y es que también mientras estaba con nosotros estaba con el Padre. Por eso dice: *Gran misterio es éste*. Es grande y forma parte de lo humano, pero cuando veo que a Cristo y a la Iglesia les sucede esto mismo, entonces siento estupor y me asombro. Por eso, después de decir: *Gran misterio es éste*, añadió: *Lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*.

Sabiendo, por tanto, cuán extraordinario misterio es el matrimonio y de cuán extraordinaria cosa es imagen, no deliberes acerca de esto ni superficialmente ni a la buena de Dios y no busques abundancia de dinero cuando vayas a tomar esposa. Porque hay que pensar que el matrimonio no es un comercio, sino una comunidad de vida⁴¹.

REPARTO DE ESPACIOS Y FUNCIONES ENTRE AMBOS SEXOS

4. Y es que he oído decir a muchos: «Fulano se ha vuelto más acaudalado a raíz de su matrimonio, aunque era pobre. Como tomó una esposa acaudalada, es rico y lleva una vida muelle ahora». ¡Qué dices, hombre! ¿Deseas sacar partido de tu esposa y no te avergüenzas? ¿Y no te sonrojas? ¿Y no te ocultas bajo la tierra por buscar tal forma de lucro? ¿Acaso son éstas palabras de varón?

De la mujer es una cosa solamente: vigilar los bienes reunidos, conservar los ingresos, cuidar de la casa⁴². Y es que

para esto la otorgó Dios, para que en estas cosas nos preste ayuda junto con todas las demás. En efecto, ya que es costumbre que nuestra vida combine estos dos aspectos: los asuntos políticos y los privados, repartió ambos Dios. A ella le asignó el gobierno de la casa y a los varones todos los asuntos de la ciudad y los del ágora, tribunales, Consejos, mandos del ejército, todo lo demás.

No puede blandir la lanza ni disparar el dardo la mujer, pero puede tomar la rueca y tejer la tela y organizar bien todas las demás cosas relacionadas con el hogar. No puede presentar una propuesta en el Consejo, pero puede presentar una propuesta en casa y a menudo lo que sabe el marido de los asuntos domésticos ella lo sabe mejor. No puede organizar bien los asuntos públicos, pero puede criar bien a sus pequeños, la principal de las posesiones. Puede conocer las maldades de las criadas y tener cuidado de la castidad de los sirvientes, proporcionar a su esposo cualquier otro tipo de seguridad y liberarlo de toda preocupación en casa cual las labores administrativas, el trabajo de la lana, la preparación de la comida, el aseo de los vestidos, mientras se preocupa de todo lo demás, precisamente lo que para un hombre no es apropiado ni fácil tomar a su cuidado jamás, aunque mil veces porfíe. Y es que también esto es obra de la generosidad y la sabiduría de Dios: que el útil en las cosas más grandes sea en las más pequeñas inferior e inútil, a fin de que se vuelva imprescindible la función de la mujer.

Efectivamente, si hubiera hecho que en ambos terrenos fuera apto el varón, el género de las mujeres se habría vuelto digno de desprecio. Por contra, si lo más grande y útil lo hubiera confiado a la mujer, hubiera colmado a las mu-

jeres de enorme arrogancia. Por eso ni concedió ambas cosas a uno solo, para que no se hiciera inferior el otro sexo y pareciera ser superfluo, ni repartió por igual ambas cosas entre cada uno de ellos, para que, a su vez, de la igualdad no surgiera ningún tipo de batalla y rivalidad, pugnando las mujeres con los hombres por ser consideradas dignas del mismo primer puesto. Pero al tiempo, mirando por la paz y conservando el orden conveniente para cada uno, tras dividir nuestra vida en esos dos ámbitos⁴³, lo más necesario y útil lo concedió al varón y lo más pequeño e inferior a la mujer, a fin de que el uno, por lo imprescindible de su función, nos resulte urgentemente necesario, en tanto que la otra, por la inferioridad de su misión, no se subleve contra el marido⁴⁴.

CONSEJOS PRÁCTICOS PARA LA ELECCIÓN DE ESPOSA

Desprecio de las riquezas

Así pues, sabiendo todo esto, busquemos una sola cosa únicamente: virtud del alma y nobleza de costumbres, para que gocemos de paz, para que nos complazcamos en una concordia y un amor perpetuos. El que toma una esposa

rica toma un ama más que una esposa. Porque si, incluso al margen de esto, las mujeres están llenas de presunción y son proclives al amor a la gloria, si encima traen este añadido⁴⁵ ¿cómo podrán soportarlas sus propios maridos?⁴⁶ En cambio, el que toma una esposa de igual rango o más pobre toma un auxiliador y un aliado y mete en casa todo tipo de bienes. Porque la coacción de la pobreza la incita a cuidar de su marido con mucha solicitud y a ceder y obedecer en todo, y acaba con cualquier pretexto de riña, lucha, atrevimiento e insolencia; se produce, en cambio, una conjunción de paz, concordia, amor y armonía.

Por tanto, no dirijamos la búsqueda con el fin de tener dinero, sino paz, con el fin de obtener placer. Para eso está el matrimonio, no para que llenemos las casas de guerra y de batalla, no para que tengamos rencillas y rivalidades, no para que nos enemistemos los unos con los otros y hagamos nuestra vida insoportable, sino para que disfrutemos de una ayuda y tengamos un puerto, un refugio y un consuelo frente a las acuciantes desgracias, para tener relaciones placenteras con nuestra esposa.

¿Cuántos ricos, habiendo tomado esposas adineradas, tras aumentar su patrimonio destruyeron el placer y la concordia, haciendo en la mesa batallas diarias, teniendo pendencias? ¿Cuántos pobres, habiéndolas tomado más pobres, gozan de paz y miran con mucha alegría este sol? Los ricos, en cambio, aun rodeándoles el lujo por todas partes, a causa de sus esposas desean a menudo morir y acabar con su vida actual. Así ninguna es la ventaja del dinero, cuando no damos con un alma buena. ¿Y qué cabe decir acerca de la paz y la concordia?

También para la posesión misma de riquezas a menudo el hecho de haber tomado una esposa más rica nos supone un perjuicio; a saber: cuando el que ha entregado todos sus ahorros en razón de la dote, tras sobrevenir luego una muerte prematura, se ve obligado por parte de la familia política a pagar toda la dote⁴⁷. Como los que sufren un naufragio en el mar salvan su persona únicamente, así también éste: después de muchas rencillas, batallas, ultrajes y tribunales, a duras penas sale con su persona libre. E igual que los comerciantes codiciosos, que tras llenar la nave con innumerables mercancías y por haber cargado un peso superior a su capacidad hunden el barco y pierden todo, pues así también estos que realizan matrimonios desproporcionados: creyendo muchas veces que adquieren una mayor fortuna por medio de su esposa, encima pierden la fortuna. Y como allí un breve embate del oleaje en su acometida hunde el barco, así también aquí una muerte prematura que se presenta con la esposa, arrebatada al momento todas sus pertenencias.

Importancia de la castidad

5. Considerando, pues, todas estas cosas, no miremos el dinero, sino la honestidad de las costumbres, el pudor y la

castidad. Porque una mujer casta, honesta y moderada, aunque sea pobre, sabrá organizar mejor la pobreza que la riqueza. En consecuencia, la pervertida, licenciosa y pendera, aunque encuentre innumerables tesoros depositados en casa, tras exhalarlos más raudamente que toda especie de viento, sume además al marido en innumerables desgracias junto con la pobreza. Por tanto, no busquemos riqueza, sino a una que vaya a hacer un uso conveniente de los bienes.

En primer lugar, entérate de cuál es la razón del matrimonio y por qué ha sido introducido en nuestra vida, y no preguntes nada más. ¿Cuál es, entonces, el motivo del matrimonio y por qué lo otorgó Dios? Escucha a Pablo cuando dice: *No obstante, por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer*⁴⁸. No dijo: «para evitar la pobreza», o: «para adquirir bienestar económico», sino ¿qué?: para que escapemos de la impureza, para que reprimamos el deseo, para que vivamos castamente, para ser agradables a Dios contentándonos con nuestra propia legítima esposa⁴⁹.

Éste es el don del matrimonio, éste su fruto, éste su provecho. Así pues, que tras dejar escapar lo más grande no busques lo inferior. Porque la riqueza es con mucho inferior a la castidad. Por esta única razón hemos de tomar esposa: para huir del pecado, para evitar toda impureza. Con vistas a esto debe constituirse todo matrimonio: para que nos ayude a la castidad. Será así si desposamos novias tales que puedan aportarnos gran piedad, gran castidad, gran honestidad.

La hermosura del cuerpo, cuando no tenga aparejada la virtud del alma, podrá cautivar al marido veinte e incluso

treinta días, pero más lejos no llegará, sino que una vez haya puesto de manifiesto su vileza, disolverá todo el hechizo. En cambio, las que resplandecen por la belleza de su alma, conforme el tiempo avanza y van dando prueba de su nobleza tanto más ardiente vuelven la pasión de sus esposos e inflaman su amor por él. Dándose esto y habiendo en medio cariño ardiente y legítimo, es expulsada toda forma de impureza y ningún tipo de pensamiento lascivo se apoderará jamás del que quiere a su propia mujer, sino que permanecerá continuamente amando a la suya y, por su castidad, atrayéndose para toda su casa el favor y la protección de Dios.

UN EJEMPLO VETEROTESTAMENTARIO: ABRAHAM BUSCA ESPOSA PARA ISAAC

Prudencia y fe de Abraham y su siervo

Así tomaban esposa los hombres excelentes entre los antiguos, buscando la nobleza del alma y no la abundancia de riquezas. Y como ejemplo de que esto es verdad, rememoraré una boda: *Abraham era ya un viejo entrado en años y dijo al siervo más viejo de su casa y mayordomo de todas sus cosas: «Ea, pon tu mano debajo de mi muslo que voy a juramentarte por el Señor, Dios de los cielos y de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo Isaac de entre las hijas de los cananeos con los que vivo; sino que irás a mi tierra y a mi patria y tomarás allí mujer para mi hijo Isaac»*⁵⁰.

¿Ves la virtud del santo? ¡Cuánta precaución tomó a propósito de la boda! Desde luego que no llamó a mujeres

de mala nota, como los de ahora, ni a alcahuetas, ni a viejezuelas cuentistas⁵¹, sino a su propio criado, y a éste encomendó el asunto. Y ello mismo es una grandísima señal del celo del patriarca: preparó a su criado de tal manera que incluso para un asunto de semejante envergadura lo consideró asistente digno de confianza. Luego busca una mujer no de buenos recursos ni de buena presencia, sino de buenas costumbres, y para eso se propone tan largo camino al extranjero.

Mira también la prudencia del siervo. Porque tampoco dijo: «¿Qué es esto? Tantos pueblos cerca de nosotros, tantas hijas de hombres acaudalados, señalados y distinguidos, y en cambio tú me envías así a una tierra enorme, ante hombres desconocidos? ¿Con quién hablaré? ¿Quién me conocerá? ¿Y qué si me urden una treta, si fabrican un ardid? Porque nada es factible así, siendo extranjero». Nada de esto dijo; antes bien, pasando por alto todas estas cosas, de lo que especialmente hay que recelar, receló, haciendo alarde de obediencia al no haberle replicado nada y poniendo de manifiesto su sagacidad y precaución al preguntar solamente por lo que era menester buscar por encima de todo. ¿Qué es esto? ¿Y qué preguntó a su señor?: *Si no quiere la mujer venir conmigo, ¿he de volver para llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?*⁵². Entonces Abraham dijo: *Guárdate de llevar allá a mi hijo. El Señor Dios de los cielos y de la tierra, que me tomó de mi casa paterna y de la patria en la que nací, y que me habló y me juró diciendo: «A tu descendencia daré esta tierra», él enviará su Ángel delante de ti y te pondrá en el buen camino*⁵³.

¿Ves la fe del hombre? No pidió ayuda a amigos o parientes, a ningún otro, sino que le otorgó a Dios como mediador y compañero de viaje. Luego, queriendo dar confianza a su criado, no le dijo sencillamente: *El Señor Dios del cielo y de la tierra*, sino que añade: *Que me tomó de mi casa paterna*. «Recuerda, dice, cómo hicimos tan largo viaje fuera de la patria, cómo después de abandonar la propia, en tierra extraña disfrutamos de mayor dicha, cómo lo imposible se hizo posible». No quería demostrar solamente esto cuando decía: Que me tomó de mi casa paterna, sino que también tiene a Dios como deudor. «Es nuestro deudor, afirma, Él dijo: *A ti y a tu descendencia daré esta tierra*. De manera que aunque nosotros seamos indignos, a causa al menos de su promesa y para llevarla a término, Él nos asistirá, facilitará todo lo que nos proponemos e impondrá un final del que jactarnos». Después de decir estas cosas envió a su criado.

Luego, cuando éste hubo llegado a aquel lugar, no se acercó a ninguno de los habitantes de la ciudad, no dirigió la palabra a los hombres, no llamó a las mujeres, sino mira cómo, teniendo fe él también, al intermediario que se había llevado lo conservaba a su lado⁵⁴, con él hablaba únicamente, y en pie rogó: *Señor Dios de mi señor Abraham: dame suerte hoy*⁵⁵. Y no dijo: «Dios mi Señor», sino ¿qué?: Señor Dios de mi señor Abraham. «Aunque yo sea un vil desperdicio, viene a decir, sin embargo a mi señor lo pongo por delan-

te. Porque no es a mí, sino a aquel a quien vengo a servir. Así que, en consideración a su virtud, ayúdame a acabar todo lo que me propongo».

Importancia de la hospitalidad

6. Luego, para que no pienses que reclama como si fuera una obligación, escucha también lo que viene después: *Y ten piedad de mi señor Abraham*⁵⁶. «Aunque hayamos realizado mil logros, dice, pretendemos ser preservados por tu gracia y alcanzar esto de tu bondad, no por débito alguno u obligación. ¿Qué quieres entonces? *He aquí que voy a quedarme parado junto a la fuente mientras las hijas de los que habitan la ciudad salen a sacar agua. Ahora bien, la muchacha a quien yo diga: "Inclina, por favor, tu cántaro para que yo beba", y ella responda: "Bebe, y también voy a abreviar tus camellos", ésa sea la que tienes designada para tu siervo Isaac, y por ello conoceré que tienes piedad de mi señor Abraham*⁵⁷».

Mira la sabiduría del siervo, qué señal estableció. No dijo: «Si veo a alguna conducida en un carro de mulas, montada en un coche, que arrastre un enjambre de eunucos, con un gran séquito, bella y deslumbrante por la lozanía de su cuerpo, a ésta dispusiste para tu hijo», sino ¿qué?: «A quien yo diga: *Inclina, por favor, tu cántaro para que yo beba*». «¿Qué haces, hombre? ¿Tan vil mujer buscas para tu amo, una aguadora, encima capaz de dirigirte la palabra?»⁵⁸. «Sí,

dice, porque no me envió en busca de abundancia de riquezas ni esplendor de linaje, sino nobleza de alma. A menudo, muchas de estas aguadoras poseen una virtud perfecta, en tanto que otras sentadas en casas espléndidas son peores y más perversas que todas». «Luego, además, ¿de dónde sabes que es una mujer virtuosa?». «Por la señal, contesta, de lo que dijo». «¿Y cuál es esa señal de virtud?». «Una grandísima e indiscutible: de hospitalidad es esto poderosa señal, tanto como para proporcionar una prueba perfecta».

Lo que dice, en verdad, es por el estilo, aunque no pronuncie estas palabras. «Aquella muchacha que busco es una tan hospitalaria que ofrezca en lo que pueda absoluta solitud». Y no buscaba esto sin razón, sino que dado que pertenecía a una casa tal, en la que florecían en grado sumo las virtudes de la hospitalidad, buscaba esto antes que lo demás: tomar para sus señores una de iguales costumbres. «Vamos a meterla en una casa, dice, abierta a los extranjeros; para que no haya guerra y batalla por entregar el marido sus bienes, imitar a su padre y acoger a los extranjeros, en tanto que ella, roñosa, no lo soporta y lo impide, lo que con frecuencia en muchos hogares acostumbra a suceder. Por eso ya mismo quiero saber si es hospitalaria. Y es que de ahí nos han venido todas las cosas buenas. Así tuvo mi señor al novio, así se convirtió en padre: sacrificó un becerro y ganó un niño, amasó harina y Dios le prometió concederle descendientes tan numerosos como las estrellas⁵⁹. Así que,

como de ahí nos han venido a nosotros y a la casa todas las cosas buenas, busco esto antes que lo demás».

En efecto, no nos fijemos en que fue a buscar agua, antes bien, consideremos que es propio de un alma extremadamente hospitalaria no sólo haber dado lo que se le pidió, sino haber ofrecido incluso más de lo que pidió.

Dios actúa como mediador

*Apenas había acabado de hablar cuando he aquí que salía Rebeca*⁶⁰, y se cumplía aquella profecía: *Hablando tú todavía, diré: «Aquí estoy»*⁶¹. Tales son las súplicas de los hombres excelentes: antes del final confían en que Dios ha asentido a lo que están diciendo. También tú, por tanto, cuando vayas a tomar esposa, no recurras a hombres ni a mujeres que comercian con las desgracias ajenas y que buscan una sola cosa: el modo de llevarse ellas mismas una remuneración⁶²; sino recurre a Dios. No se avergonzará de convertirse en tu padrino de boda⁶³. Él mismo nos hizo una promesa al decir: *Buscad el Reino de los cielos y todo lo demás se os dará por añadidura*⁶⁴.

Y no digas: «¿Cómo puedo ver a Dios? Porque no puede emitir para mí su voz y hablar claramente, para que yo me acerque y le pregunte». De un alma incrédula son estas palabras. Y es que incluso sin voz fuerte, todo cuanto quiera puede lograrlo Dios, como precisamente también sucedió en

este caso. Porque ni oyó voz ni vio visión alguna, sino que en pie junto a la fuente oró y enseguida tuvo éxito: *Apenas había acabado de hablar, cuando he aquí que salía Rebeca, hija de Betuel, el hijo de Milká, con su cántaro al hombro. La joven era de muy buen ver, virgen, que no había conocido varón*⁶⁵.

Castidad de Rebeca

«¿Por qué me hablas de la hermosura de su cuerpo?» Para que conozcas la desmesura de su castidad, para que conozcas la belleza que hay en su alma. Es admirable, en efecto, el ser casto, pero es mucho más admirable cuando esto se da unido a la hermosura. Por eso también cuando va a referirnos el caso de José y su castidad, tiene puesto en primer lugar la belleza física diciendo: «Era de hermoso aspecto y de muy buena presencia⁶⁶», y entonces dio referencia de su castidad, mostrando que la belleza por sí misma no empuja al desenfreno. Porque ni la belleza es motivo de impudicia ni la fealdad de castidad, en absoluto. Muchas que brillaron por la lozanía de su cuerpo, brillaron más por su castidad; otras, al contrario, siendo feas y deformes, se volvieron más feas en su alma, manchadas por mil impudicias. Porque no es la naturaleza del cuerpo, sino la voluntad del alma la causa tanto de esto como de aquello⁶⁷.

7. No sin razón la llamó por dos veces virgen. En efecto, después de decir: *era virgen*, añadió: *virgen, que no había conocido varón*. Dado que muchas vírgenes, aun conservando el cuerpo incorrupto, llenan su alma de enorme intemperancia adornándose, atrayéndose de todas partes mil enamorados, y excitan los ojos de los jóvenes poniendo emboscadas y abismos, Moisés⁶⁸ para mostrar que ella no era de este tipo, sino virgen desde los dos puntos de vista, de cuerpo y de alma, dice: *Era virgen, que no había conocido varón*.

Y sin embargo sí que tenía muchos motivos para ser conocida por varones: en primer lugar la belleza de su cuerpo, en segundo lugar el carácter de su tarea. Porque si hubiera estado metida en su alcoba continuamente, como las doncellas de ahora, y nunca hubiera irrumpido en el ágora ni hubiera salido de la casa paterna, no sería tanto decir de ella en su elogio que no había conocido varón. En cambio, cuando la veas salir hacia el ágora, obligada cada día a llevar agua, lo mismo una vez que dos que muchas veces, y a pesar de ello sin conocer a ningún hombre, entonces especialmente podrás comprender el elogio.

Efectivamente, si a pocas veces que se hubiera acercado al ágora una virgen, incluso siendo deforme y fea, aun escoltándola muchas sirvientas, a consecuencia de estas salidas se hubiera pervertido su carácter las más de las veces, la que cada día sale de la casa paterna ella sola y llega no al ágora sencillamente, sino a la fuente, y saca agua donde es obligado juntarse con muchos y distintos, ¿cómo no sería digna de infinita admiración, pues ni por las constantes salidas ni por su hermosa apariencia ni por la muchedumbre que la rodea ni por ninguna razón de otro tipo se pervirtió su carácter, sino que se mantuvo incorrupta en su cuerpo y

en su alma, guardó la castidad más escrupulosamente que las que están metidas en el gineceo⁶⁹ y se mostró semejante a la que Pablo desea cuando dice: *Para que sea santa en el cuerpo y en el espíritu*⁷⁰?

*Así pues, bajó a la fuente, llenó su cántaro y subió. El siervo corrió a su encuentro y dijo: «Dame un poco de agua de tu cántaro». «Bebe, señor», dijo ella, y bajando en seguida el cántaro sobre su brazo, le dio de beber. Y en acabando de darle, dijo: «También para tus camellos voy a sacar, hasta que se hayan saciado». Y apresuradamente vació su cántaro en el abrevadero y corriendo otra vez al pozo sacó agua para todos los camellos*⁷¹.

Grande es la hospitalidad de la mujer, grande su castidad, y estas dos cosas tanto por lo que hizo como por lo que dijo se pueden percibir en grado sumo. ¿Ves cómo ni la castidad afrentó la hospitalidad ni la hospitalidad echó a perder la castidad? No haber acudido ella primero y no haber dirigido la palabra al hombre era señal de castidad, y no haberse negado al ser requerida y no haber rehusado, de enorme hospitalidad y humanidad. Igual que si se hubiera acercado ella primero y no hubiera respondido nada a quien le hablaba, hubiera sido una osadía y una desvergüenza, así si hubiera evitado al que le había rogado, hubiera sido una crueldad y una falta de humanidad. Ahora, que no hizo ninguna de estas dos cosas: ni a causa de la castidad afrentó la hospitalidad ni, por contra, a causa de la hospitalidad truncó el elogio de la castidad. Antes bien, mostró una virtud perfecta por partida doble, por haber tolerado la petición haciendo gala de castidad y por haber ofrecido tras la petición una hospitalidad indescriptible.

Celo y discreción de Rebeca

Y era, efectivamente, de una hospitalidad indescriptible no sólo haber dado lo que pidió, sino haber ofrecido incluso algo más de lo que se le había pedido. Si era agua lo que daba, eso era lo que poseía entonces. A los hospitalarios suelen juzgarlos no por la magnificencia de sus dones, sino por la eficacia que proporcionan. Pues al que dio un vaso de agua fresca Dios lo alabó y de la que echó dos moneditas dijo que había echado más que todos, porque todo lo que tenía lo echó entonces⁷². Así también ella agasajó a aquel hombre excelente nada más que con lo que tenía para ofrecerle.

No sin razón añade lo de «apresuradamente» y «corriendo» y otras expresiones tales, sino para que conozcas el celo con el que realizaba la tarea, no de mal grado ni obligada ni a disgusto ni de mal humor. Y conste que no es una nimiedad esto: muchas veces hemos pedido a alguien que pasaba a nuestro lado que se detuviera un momento, pues iba sosteniendo una antorcha, para encender, o a uno que cargaba agua, con la intención de beber, y no se avino sino que se irritó. Aquella, en cambio, no sólo le inclinó el cántaro, sino que incluso dio de beber a todos los camellos, soportando una fatiga tan grande y tributando a la hospitalidad un servicio físico con mucha bondad. Porque no es haberlo hecho sólo, sino además celosamente, lo que evidencia su virtud.

Llama «señor» a un hombre desconocido y que se presenta entonces por primera vez. E igual que su suegro Abraham no preguntaba a los que pasaban por su casa: «¿Quiénes y de dónde sois?, ¿adónde vais?, ¿de dónde habéis llegado?», sino que cosechaba sin más el fruto de la hospi-

talidad, así ella no dijo tampoco: «¿Quién eres y de dónde, y por qué has venido?», sino que cosechó el rico fruto de la hospitalidad y prescindió de todo lo superfluo.

Y es que los comerciantes de perlas y los que reciben moneda andan buscando esta única cosa nada más: a ver si se aprovechan de los que tienen dinero, sin considerar que se entrometen en sus asuntos. También ella busca esto sólo: obtener el fruto de la hospitalidad para llevarse una recompensa ajustada. Sabía claramente que el extranjero sentía más vergüenza que nadie. Por eso era menester mucha amabilidad y una castidad no fisgona⁷³. Ciertamente, si vamos a curiosear y a entrometernos, él titubea, vacila y se acerca de mala gana. Por eso ni ella actuó así con éste, ni su suegro Abraham con los huéspedes, para no espantar la caza; Abraham solamente honraba a los que pasaban por su casa y, cosechando por medio de ellos el fruto que deseaba, así los dejaba marchar.

Bondad de Rebeca

8. Por eso incluso a ángeles acogió una vez⁷⁴. ¡Cómo le hubiera disminuido la recompensa propuesta si hubiese llegado a entrometerse! Y es que le admiramos no porque acogió a ángeles, sino porque los acogió ignorándolo. Porque si los hubiera honrado sabiéndolo, no haría nada admirable pues la dignidad de los huéspedes obliga incluso al enormemente pétreo y antipático a volverse humano y cortés. Lo admirable, en cambio, era esto: que aun considerándo-

les unos caminantes cualquiera, hubiera mostrado hacia ellos tanta solicitud.

Tan grande era ella también⁷⁵. No sabe quién era ni a qué vino ni que llegó para pedir su mano, sino que lo tuvo por un forastero y un caminante cualquiera. Por eso se le tornaba mayor la recompensa de su hospitalidad, porque acogió con tan buena disposición a quien no conocía de nada, guardando al mismo tiempo también su castidad. Porque no hacía esto ni desvergonzadamente ni insolentemente ni obligada ni enfadada, sino con el conveniente pudor.

A esto mismo se refirió Moisés diciendo: *El hombre la examinaba callando para saber si el Señor había dado éxito o no a su misión*⁷⁶. ¿Qué significa: *la examinaba*? Composura, andares, aspecto, modo de hablar, todo lo analizaba minuciosamente, examinando a partir de los movimientos del cuerpo la disposición del alma.

Y tampoco se dio por contento con estas cosas solamente, sino que añade una segunda prueba. Porque una vez que le hubo dado de beber, no se quedó aquí, sino que le dijo: *¿De quién eres hija? Dime: ¿hay en casa de tu padre sitio para hacer noche?*⁷⁷. ¿Pues qué hizo aquélla? Paciente y afablemente nombró a su padre y no se indignó diciendo: «¿Tú quién eres para entrometerte, investigar y fisgonear en mi casa?», sino ¿qué?: *Soy hija de Betuel, el hijo que Milká dio a Najor, también tenemos paja y forraje en abundancia, y sitio para pasar la noche*⁷⁸. Como con el agua, le dio más de lo que pidió. Porque éste pidió beber solamente y aquélla, en cambio, ofreció dar de beber también a los camellos, y los dio de beber. Así también entonces. Él

pidió un sitio solamente y ella le ofreció paja, forraje y otras muchas cosas, invitándole y arrastrándole a su casa por medio de todas estas ofertas, para cosechar la recompensa de la hospitalidad.

Aplicación práctica del ejemplo de Abraham y Rebeca

Estas cosas no las oigamos con superficialidad y con ligereza, sino pensando en nosotros mismos, según nuestra propia situación, y estableciendo comparaciones con ellas. Así entenderemos la virtud de esa mujer. Muchas veces, por ejemplo, acogemos a regañadientes a ciertos conocidos y familiares, y aunque se queden uno o dos días, nos molesta. Ella, en cambio, al desconocido y extranjero lo condujo a su casa con mucho celo, y esto con la intención de ofrecer su cuidado no a él solamente, sino además a tantos camellos.

Una vez que entró, date más cuenta por lo siguiente de su sagacidad: cuando le hubieron servido de comer panes, dice: *No comeré hasta no haber dicho lo que tengo que decir*⁷⁹. ¿Ves cómo era despierto y sobrio? Luego, cuando le permitieron hablar, veamos cómo se dirige a ellos. ¿Acaso les dijo estas palabras: que tiene un amo ilustre y esclarecido, por todos reverenciado, que goza de enorme preeminencia entre sus paisanos? Aunque, la verdad, si hubiera querido decir esto, no habría tenido problema, porque efectivamente con rango de rey le honraban los del país. Mas sin embargo nada de esto dijo, sino que, prescindiendo de estas cosas humanas, lo celebró por la ayuda divina, diciéndolo así: *Yo soy siervo de Abraham. El Señor ha bendecido con largueza a mi señor, que se ha hecho rico, pues le ha dado ovejas y vacas, plata y oro*⁸⁰. Habló de su fortuna no

para mostrar que era rico, sino piadoso. En efecto, no quería elogiarlo por el hecho de tener, sino porque estas cosas las había recibido de Dios. Luego, refiriéndose al novio: *Y Sara, la mujer de mi señor, envejecida ya, dio a luz un hijo a mi señor*⁸¹. Aquí se hace alusión también al carácter del parto, poniendo de manifiesto que incluso el nacimiento había sido producto de la providencia de Dios para con aquél, no conforme al orden natural⁸².

También tú, por tanto, ya andes buscando novio ya novia, investiga estas cosas antes que las demás: si es piadosa, si goza de gran favor en el cielo. Porque si se dan estas cosas, siguen también las demás; no dándose, en cambio, aunque sus asuntos cotidianos gocen de gran seguridad, ninguno es el provecho.

Luego, para que no digan: «¿Por qué no tomó a ninguna mujer del lugar?», dice: *Mi señor me ha tomado juramento diciendo: «No tomarás mujer para mi hijo entre las hijas de los cananeos, sino que irás a casa de mi padre y a mi parentela a tomar mujer para mi hijo»*⁸³.

Mas para no parecer fastidioso contando la mitad de toda la historia, terminémosla: cuando hubo dicho cómo se paró en la fuente, cómo rogó a la muchacha, cómo aquélla le dio más de su petición, cómo Dios se convirtió en su mediador, y después de contar todo con exactitud, terminó con esto su discurso. Después de oír todas estas cosas, aquéllos ya no dudaron más, no pasaron nada por alto, sino que, como si Dios hubiera movido sus almas a ello, al instante le prometieron a su hija. Y en respuesta Labán y Batuel dijeron: *De Dios ha salido este asunto. Nosotros no podemos*

*decirte está mal o está bien. Ahí tienes delante a Rebeca: tó-mala y vete, y sea ella mujer del hijo de tu señor, como ha dicho el Señor*⁸⁴.

¿Quién no se quedaría estupefacto? ¿Quién no se admiraría de cuántos y cuán grandes obstáculos se quitaban de en medio en un breve instante? Y es que el hecho de ser extranjero, siervo, desconocido, la gran distancia del camino y el no conocer ni al suegro ni al novio ni a ningún otro de los parientes de ella, cada una de estas razones por sí sola bastaba para impedir el matrimonio. Mas sin embargo nada lo impidió, sino que todas estas cosas lo facilitaban, y lo mismo que a un vecino conocido y familiarizado con ellos desde el primer día, así le entregaban confiados a la novia. La razón: Dios estaba en medio.

En efecto, igual que cuando hacemos algo sin Él, aunque todo sea sencillo y fácil, topamos con abismos, precipicios y miles de fracasos en ellos, así cuando está presente y colabora, aunque los objetivos sean lo más difícil del mundo, todo se vuelve sencillo y fácil. Nada, pues, hagamos ni digamos antes de haber invocado a Dios y haberle rogado que colabore en todo lo que tenemos entre manos, como ciertamente también aquél hizo⁸⁵.

Las bodas de Isaac: sobriedad y vigor de Rebeca

9. Pero veamos, una vez que la consiguió, de qué manera celebró la boda⁸⁶. ¿Acaso trajo címbalos, siringas, coros

de danza, tamboriles, flautas y el restante espectáculo? Nada de esto, sino que después de tomarla a ella sola se marchaba así, llevando consigo para escoltarla y acompañarla en el viaje al ángel que su señor había suplicado a Dios que mandara a su lado al salir de casa.

Y era conducida luego la novia sin oír ningún tipo de flautas, de cítara y de otros instrumentos semejantes, pero con innumerables bendiciones de Dios sobre su cabeza, una corona más resplandeciente que cualquier diadema⁸⁷. Era conducida no envuelta en mantos de oro, sino en castidad, piedad, hospitalidad y todo tipo de virtud. Era conducida no en un carro cubierto ni en ningún otro aparato similar, sino sentada en camello.

Junto a la virtud del alma también los cuerpos de las doncellas antaño participaban de un gran vigor. Porque no las criaban sus madres así, como a las de ahora, que las echan a perder con baños frecuentes, ungüentos perfumados, potingues, pinturas, vestidos delicados y de otras mil maneras, y las hacen más delicadas de lo debido, sino que aquéllas les impartieron una perfecta disciplina. Por eso la lozanía de su cuerpo era extraordinariamente florida y auténtica, por ser natural, que no artificial ni ficticia. Por eso también gozaban de una salud perfecta y su belleza era enorme, por-

que ninguna debilidad perturbaba su cuerpo, sino que habían desechado todo tipo de molicie⁸⁸.

En efecto, las fatigas, las penas, el trabajar en todo momento con las propias manos expulsaba toda molicie en tanto que proporcionaba fortaleza y buena salud junto con gran seguridad. Por eso precisamente eran también más deseables para los maridos y más dignas de su amor: sin lugar a dudas se procuraron para éstos no un cuerpo solamente, sino también un alma mejor y más casta.

Sentada, pues, en el camello y recién llegada al país, antes de haberse acercado ella, alzando la vista vio con sus ojos a Isaac y saltó del camello⁸⁹. ¿Ves su vigor? ¿Ves su habilidad? ¡Saltó del camello! ¡Así poseían ellas mucha fortaleza física además de castidad! *Y dijo al siervo: «¿Quién es ese hombre que camina por el campo?». Dijo el siervo: «Es mi señor». Entonces ella tomó el velo y se cubrió⁹⁰*. Mira desde todos los puntos de vista la castidad que ella testimonia, cómo era pudorosa, cómo era respetable.

Y la tomó Isaac y pasó a ser su mujer y la amó. Así se consoló Isaac por la muerte de su madre Sara⁹¹. No ha dicho estas cosas sin razón: que la amó y se consoló por su madre Sara, sino para que conozcas los motivos para el amor y para el afecto que trajo de su casa la mujer⁹². ¿Pues quién

no hubiera amado a una semejante, así de casta, así de decente, así de hospitalaria, humanitaria y afable, viril en su alma⁹³, robusta en su cuerpo?

CONCLUSIÓN

He dicho estas cosas no para que escucharais y para que tras escuchar las aplaudierais solamente, sino para que además las emularais. Padres, imitad el cuidado que ponía el patriarca en tomar una mujer sin afectación, buscando no dinero, no linaje glorioso, no belleza física, ninguna otra cosa que no fuera nobleza de alma únicamente. Madres, criad así a vuestras hijas. Los novios que vais a casaros con ellas, hacedlo con tanta decencia, desterrando bailes, chanzas, palabras desvergonzadas, siringas, flautas, el aparato diabólico⁹⁴ y todas las demás cosas de este tipo, rogando siempre a Dios que se convierta en mediador de todo lo que hacéis.

Porque si hubiéramos dirigido así nuestros asuntos, no habrá nunca divorcio, ni sospecha de adulterio, ni motivo de celos, ni batalla y pendencia, sino que gozaremos de mucha paz y de mucha concordia. Dándose ésta, seguirán también sin duda las demás virtudes. Porque igual que si se subleva la mujer contra el marido, no habrá nada sano en la casa aunque todos los demás asuntos sigan su curso, así, si ella es del mismo sentir y vive en paz, no habrá nada desagradable aunque innumerables tempestades surjan cada día.

Si se hacen de esta manera los matrimonios, también a los hijos podremos conducirlos con gran facilidad a la virtud. Porque cuando la madre es así, decente, casta y poseedora de toda virtud, sin duda podrá conquistar también a su marido y someterlo por amor a ella; y una vez conquistado lo tendrá ayudándola con gran celo en el cuidado de los hijos y se atraerá así a Dios a este mismo cuidado.

Si Aquél interviene en este hermoso gobierno y forja las almas de los niños⁹⁵, no habrá nada desagradable en lo sucesivo, sino que también los asuntos domésticos se hallarán en buena situación por estar así dispuestos los que mandan. Y junto con su casa (la propia esposa, me refiero, hijos y criados) cada uno podrá terminar la vida de aquí con total seguridad y entrar en el reino de los cielos que ojalá todos nosotros alcancemos por la gracia y la benevolencia de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA